

DUELO Y NOSTALGIA DE «AZORIN»

VIRAJE LITERARIO DE LA JUVENTUD

El único medio para liberarse de «Azorin» es asimilarlo; lo demás—todo lo demás, que es mucho—corre a cargo de nuestro temperamento y de los acontecimientos que vivamos.

ESTA espaciosa estancia ni es antigua ni es moderna. No podemos determinar con precisión su época. Sus muebles tampoco nos pueden ayudar en esta nuestra curiosidad. Junto a una cama de metal, moderna, hay un viejo estante con libros. Parejo al San Jerónimo de Rivera, se halla un cuadro de Soria Aedo. Cabe un retrato de Lope, se encuentra un paisaje de Zuloaga. Diríase que el pasado y el presente se abrazan en esta habitación. Diríase que esta habitación no tiene época ni realidad, que no es más que un raro capricho de la imaginación. Pero esta habitación vive porque su mundo de cosas late. Todo en ella se halla colocado con premeditación. No es el acaso quien preside este orden difícil ni la casualidad la creadora de este contraste. Esta habitación no tendrá época en su conjunto, no tendrá tampoco estilo ni edad; sin embargo, cada cosa en ella nos habla de una fina y quebradiza sensibilidad; de una sensibilidad joven y tensa: abierta a toda curiosidad.

Junto a la ventana, sobre una alfombra rameada, se halla colocada una mesa. El tablero—de lustrosa madera—tiene en el centro un rectángulo de hule verde. En un ángulo de la mesa una pequeña ánfora con flores. Flores hay también en vasos limpios, entre los estantes con libros. ¿Es preciso que estas flores las haya esparcido por el cuarto una mano femenina, o no es necesario? Las flores son diminutas, blancas, silvestres. ¿Por qué asociamos siempre el recuerdo de la mujer ante la presencia de unas flores? Los poetas de todos los tiempos han cantado a las flores. También han cantado a las mujeres. Pero las flores se han sentido contentas y las mujeres no siempre. Las flores no viven más que para las almas sensibles y no todas las mujeres las tienen. Por eso las flores son tan amigas de los poetas. Y si el morador de esta casa es un poeta, ¿por qué no ha de tener en su habitación un manojito de flores?

Ha llegado el momento. Son las seis menos cuarto de la tarde. La primavera entra por la ventana y sonríe al poeta. Todos los días, a estas horas, en esta habitación y ante su mesa de trabajo, sorprende el tiempo a Julio Monroy. A Julio Monroy ya no es menester presentarlo. Sabemos que es un joven escritor, mejor dicho, un escritor joven, pues aun no alcanza los treinta años. Todavía no ha publicado su primer libro, ya concluso y terminado. No ha visto más que

su firma—Julio Monroy—al pie de algunos artículos en periódicos provincianos. Porque Julio Monroy no vive en Madrid. Su existencia inédita discurre, salvo unos cuantos viajes al año, en una luminosa ciudad de provincia. De su patria chica ha dicho Unamuno, que es una ciudad «que guarda en su recinto un aire espiritual de tiempos imperiales». A Julio Monroy le place este piropro de D. Miguel a su pequeña ciudad. Lo encuentra justo y merecido; exacto. Y es que Julio Monroy quiere a su ciudad natal quizá como a una novia—tal vez como nadie—hasta el extremo de sentir celos de otras ciudades.

Pero, ¿conocemos al hombre? En la novela, en la tragedia o en el melodrama de la vida de todo escritor, de todo artista, en la que son ellos—el artista o el escritor—su principal protagonista, ¿qué es lo que más puede interesarnos? ¿Es acaso la obra, o es por el contrario el hombre? En Shakespeare, es más interesante la obra que el hombre. En Lope, nos interesa más el hombre que la obra. En el escritor joven, digo yo, la obra es todavía una interrogante: nos interesa el hombre. En el viejo escritor—el hombre parece, la obra queda—la obra es siempre interesante. Fernán Caballero dijo que la novela se ha de observar, no ha de inventarse. La novela, la obra, —torno a decir—se ha de vivir, no ha de observarse. Pero entendamos el vocablo. Se ha de vivir en el doble sentido de sufrirla o de sentirla. Sufrir la obra en nuestra propia carne, al mismo tiempo que gastamos nuestra vida; o sentir la vida y la obra de los demás, como si fuera nuestra obra y nuestra vida misma.

Hoy, mientras Julio Monroy lee en su cuarto, todo en la casa—en la ancha casa—es quietud y descanso. Penetra en la estancia un sol de ocaso, taladra la habitación, se quiebra en los ángulos y sobre el suelo dibuja un largo y rojo triángulo. Julio Monroy va leyendo muy despacio. De cuando en cuando abandona el libro sobre la mesa y esparce la vista, suspenso y absorto, por el reducido ámbito. Ya apenas si el sol traza sobre el suelo un hilo de luz vivo, delgado. Pero, ¿observa Julio Monroy, abstraído como se halla, este imperceptible e incesante tránsito? ¿Existe para Julio Monroy, en estos momentos el tiempo? ¿Existe para él tal vez el espacio? La acción es movimiento. Y el movimiento, ¿puede existir sin el tiempo? ¿No necesitará tampoco espacio? ¿O es que es posible la acción sin movimiento? Ya no hay luz en el cuarto. Son negras las flores de los estantes, pero su olor se va acentuando. Y es esto, el olor, la quietud, el silencio; la falta de acción, de vida, de movimiento, lo que rescata a Julio Monroy de su inmovilidad y su marasmo.

Todavía ha permanecido Julio Monroy algún tiempo sumido en la penumbra. Después, se ha levantado, ha encendido la luz, se ha sentado de nuevo a la mesa y ha continuado leyendo. El libro que tiene Julio Monroy en las manos es breve, compendioso y flaco. Ahora lee con avidez, con fruición, con entusiasmo. Para Julio Monroy solo existe un escritor; y suyo es el libro que tiene entre las manos. Más que escritor es para Julio Monroy un maestro; un maestro del sentimiento. Imperceptiblemente, sin quererlo, libro a libro, Julio Monroy ha ido sintiendo a través de sus páginas—igual que el

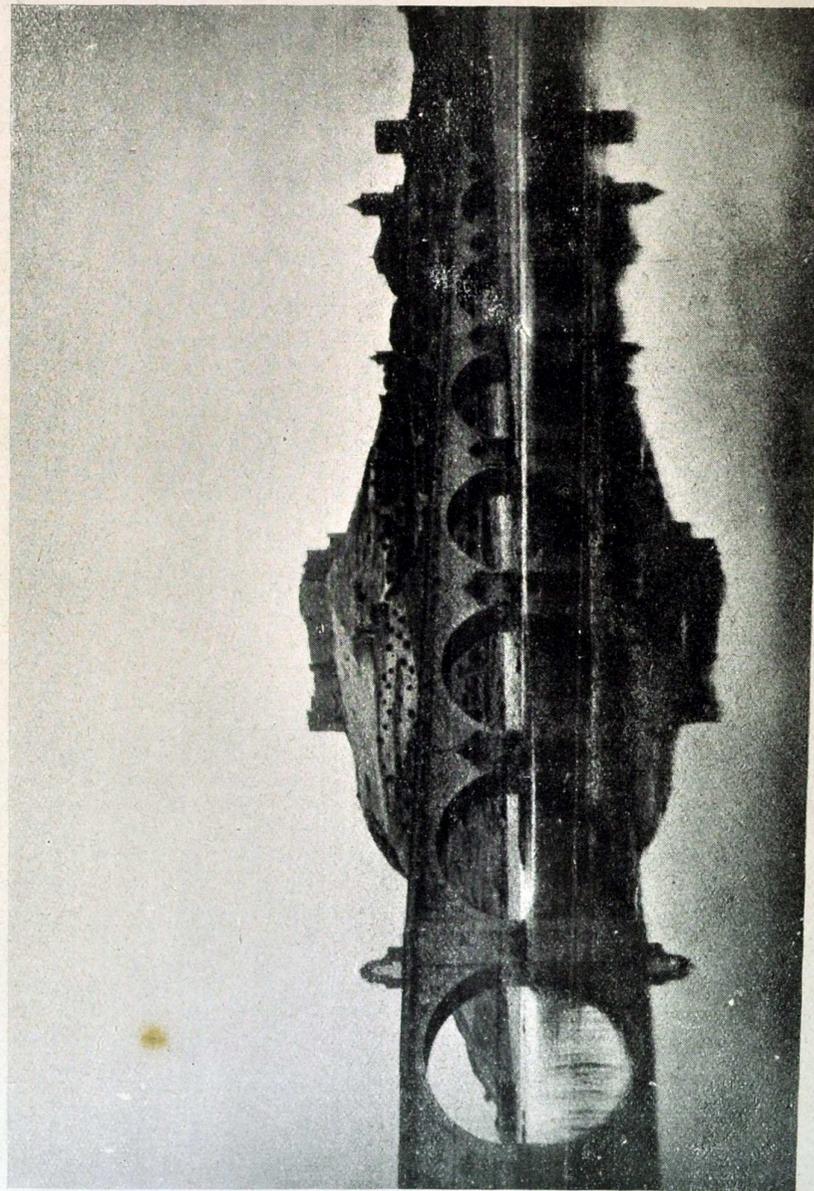
artista—los mismos problemas estéticos. ¿Cuándo leyó Julio Monroy, por primera vez, a este escritor? Ni él mismo podría indicarlo. Sólo sabe que ahora, después de haberlo leído, después de haberle repasado, sería incapaz de sentir de otra manera las cosas y los hombres, la historia y la belleza. En sus viajes—hemos dicho que suele hacer varios al año—compra siempre el último libro que este artista haya publicado. Y acostumbra ponerlo cuidadosamente, previsoramente, en su maleta; entre la ropa blanca interior, nítida, plegada con mimo.

Y he aquí el pequeño drama de Julio Monroy. He aquí su nudo gordiano. Cuando él, Julio Monroy, contempla un cuadro, una estatua o un paisaje, ¿es su propia sensibilidad la que siente? ¿Siente él directamente? ¿O siente a través de la sensibilidad del escritor, a través de sus libros, a través de sus descripciones, a través de sus cuadros? Julio Monroy ya no se acuerda cómo sentía antes de leer a este artista. Tampoco recuerda de si era Julio Monroy entonces y ahora ya ha dejado de serlo. O de si ahora es más Julio Monroy que nunca y entonces no era más que un hombre sin sensibilidad, sin sentimiento. Cuando le asaltan estas dudas, Julio Monroy, incapaz de resolverlas, se siente perplejo, y esta perplejidad le suele durar un grande tiempo.

Otras veces, por el contrario, percibe una sensación inversa, extraña. No recuerda cuándo leyó por primera vez a este escritor. Sin embargo, su memoria conserva todavía la impresión que sus libros le causaron, al caer—tal vez caprichosamente—entre sus manos. El movimiento que experimentó su alma entonces fué semejante al despertar de un hondo, de un profundo letargo. Las sensaciones que expresaba el artista en sus libros, encontraban en Julio Monroy a modo de un eco lejano. Su conciencia se conmovió quizá por primera vez. El surco se abrió contento, fecundo, prometedor, ante la caída del grano. Y la simiente cayó; y fecundó a la tierra; y la cópula de las almas—de semilla y tierra—hizo germinar una comunión perfecta.

Tal vez existan almas gemelas, se decía entonces Julio Monroy. Y como encontraba un placer en ello; como era ir abortando sensaciones propias en su alma nueva, Julio Monroy se entregaba a la lectura de aquellos libros que él no escribió, pero que sentía como suyos una vez leídos.

¿Y después? El primer paso se había dado. Le era imposible retroceder. Palmo a palmo, día a día, Julio Monroy ha ido siguiendo a este escritor por libros, periódicos y revistas. Conoce por lo menudo toda su labor. Ignora al hombre. Sólo recuerda haber visto—suyos, del artista—unos cuantos retratos. Ultimamente vió en Madrid la imagen del escritor pintada por Zuloaga. El maestro aparece en el lienzo en primer término. El brazo derecho descansa sobre una mesa; esa misma mano sostiene un libro. Libros hay también sobre la mesita pequeña. El escritor parece sumido en su intimidad; acaso piensa. Su cara—su flácida cara macilenta—expresa el fuego interior que le consume: la llama estética. Este retrato debía tener, como



ALBUM EXTREMEÑO; Paisaje del Guadiana, con el puente romano y el castillo de Medellín

algunos de «el Greco», una pequeña luz o llama sobre la cabeza. Una llamita pálida, amarillenta. Y esta llama, ¿es el espíritu? ¿Es el alma? ¿Qué quiso decirnos «el Greco», sin palabras? Estático el escritor no ve lo que le rodea: ni las cortinas rameadas, ni el paisaje que a su vera se extiende; el paisaje amigo, visto y gustado por él tantas veces.

No, Julio Monroy no conoce al artista personalmente. Ignora también su biografía; porque este escritor ya la tiene. No sabe más que datos aislados, noticias sueltas. Pero Julio Monroy halla un fondo autobiográfico a lo largo y a lo ancho de toda su obra; de su obra, por fortuna, abundante y proteica.

Aquí la obra es continuación del hombre; una gran sinceridad—una sinceridad valiente y austera: sinceridad para consigo mismo y sinceridad para la letra impresa—recorre toda la obra de este escritor. Y en este caso, ¿quién es más interesante? ¿El hombre o la obra? ¿La obra o el hombre? Julio Monroy no puede contestarse. Cree percibir una influencia recíproca. Es este un raro equilibrio que logran muy pocos artistas. En este escritor, la obra es para el hombre lo que el hombre es para la obra. Además, a su edad—el artista tendrá unos setenta y seis años—el hombre suele estar subordinado a su obra. ¡Y ay de aquel que a tales alturas quiera improvisar, rápidamente, una obra nueva! Pero Julio Monroy ha observado que este escritor continúa fiel a su obra: a su obra de antes que es su obra de ahora, a su obra de siempre; a su obra única y maravillosa.

* * *

Julio Monroy conoce ya algunos libros de este artista. La lectura de los mismos suele ser un problema para él difícil y arduo. No todo clima espiritual es para la lectura de estos libros apropiado. Un libro de este escritor no puede leerse, no debe leerse, en cualquier parte. El ámbito más propicio es la celda de un convento; y Julio Monroy busca siempre refugio en la soledad de su cuarto. Durante la guerra—durante nuestra propia guerra—Julio Monroy recuerda que no pudo leer de este escritor ni un solo libro, ni una sola página entera. Había entonces, entre estos libros y la realidad, una contradicción harto violenta. En el libro, la vida anterior, la vida de siempre, la eterna vida o la vida eterna, fluía pesada, monorrítmica, lenta. Fuera, en la realidad, los acontecimientos se atropellaban por hacer acto de presencia. Las grandes acciones bélicas truncan nuestra constante preocupación por la muerte, acaso por tenerla como nunca más cerca. No, no había tiempo de gustar la prosa castiza o clásica de sus libros. Cualquier otro escritor estaba entonces más en consonancia con la guerra. La serenidad, o mejor dicho, la impassible presencia de la vida que dejan traslucir sus páginas, no lograba dominarle como en otras ocasiones, cuando el ambiente estaba más de acuerdo con ellas. Entonces era el campo—ese mudo maestro—quien le hacía recobrar el equilibrio. Y Julio Monroy, ahito del esfuerzo, alejaba de sí el pequeño volumen que le provocaba en las

mientes, la nostalgia de una vida sosegada y tranquila, cuando todo en torno suyo era una pura acción inaudita y violenta.

Mas Julio Monroy sobrevivió a la guerra. Pasó la vorágine, los últimos tiros se extinguieron, y la calma volvió a ser completa. De nuevo en casa. Y de nuevo también la vida antigua, la eterna vida o la vida eterna. De un vivo diálogo con la muerte, durante tres años, Julio Monroy pasó a una conversación más tranquila, más normal, pero en cambio no tan sincera. Y entonces es cuando sucede... ¿lo previsto? ¿Lo inesperado? La paradoja se acerca. Julio Monroy no se encuentra a sí mismo. ¿Es él mismo o es otro? ¿Es otro o simplemente ha cambiado? Julio Monroy—sin norte—se busca en vano. Su casa, su misma casa, está aquí; y dentro de ella su cuarto, su antiguo cuarto. Todo está igual. Cuando se fué aún recuerda que dejó unos libros mal colocados. Todo es lo mismo que entonces; todo es igual que fué ayer: el mismo silencio, el mismo sosiego, el mismo cuidado. Todo es idéntico, todo, y sin embargo...

...sin embargo, Julio Monroy ya no es el mismo. Ahora sí que puede sentirse distinto. Para él, todo—aun lo inmutable—ha cambiado.

J. ANTONIO SÁNCHEZ PAREDES

Plasencia, 1935-1940.

Luna en el barrio de San Mateo de Cáceres

El callejón está oscuro
y tiene miedo mi alma,
de no sé yo qué secreto
de rejas de tus ventanas.

El callejón medio oscuro,
la luna lame un rincón.
Yo no sé por qué secreto
tiene miedo el corazón.

El callejón medio claro,
la luna parece un signo.
Yo no sé por qué secreto
tengo miedo de mí mismo.

JESÚS DELGADO VALHONDO

Exaltación de Gabriel y Galán

Con motivo de haberse reconstruido y ampliado la famosa ermita del «Cristu Benditu».

SE ha celebrado un sentido y delicado homenaje a la memoria del excelso poeta José M.^o Gabriel y Galán, oriundo de Frades de la Sierra, provincia de Salamanca y extremeño de adopción, que escaló las cumbres de la lírica y al que se ha llamado con razón «el poeta campesino», el cantor de la naturaleza.

Ha constituido un verdadero acontecimiento en la vida cultural de la provincia y su escenario ha sido Guijo de Granadilla, pueblo que recogió sus últimos hálitos, verificándose con motivo de la inauguración de la popular ermita del «Cristu Benditu»—del que recibió la inspiración para la bellísima poesía tan conocida—una vez restaurada, restauración llevada a cabo merced al mecenazgo del Gobernador Civil D. Antonio Rueda y Sánchez-Malo, por mediación de la Obra Social del Movimiento, quien ha sabido comprender la grandeza espiritual de la obra efectuada.

La ermita es en la actualidad doble que la anterior, ampliación hecha en precioso trabajo de sillería, respetando su antiguo artesonado mudéjar; también cuenta con nuevo altar, púlpito y amplio atrio, habiendo sido cedido el terreno de éste por Doña Desideria García Gascón—viuda del genial vate—hoy en la ancianidad, que vive en el pueblecito dedicada por entero a su amoroso recuerdo.

Los actos se celebraron el día 27 del pasado Febrero. Para realzar la importancia de los mismos y poner de manifiesto la alta estima que esta provincia tiene a Gabriel y Galán, asistieron de Cáceres el Sr. Obispo de Coria, Dr. Caverio y Tormo, acompañado de su secretario D. Valentín Tébar; el Gobernador Civil Sr. Rueda y Sánchez-Malo, acompañado, también, de su secretario particular, Sr. Díaz; el Presidente de la Diputación Provincial y de la Comisión Organizadora del Homenaje, D. Luis Rodríguez-Arias; los concejales del Ayuntamiento de Cáceres, D. Casto Gómez Clemente—que ostentaba la representación del Alcalde—y D. Ernesto Fernández García; Delegado Provincial de Educación Popular e ilustre periodista, D. Narciso Maderal Vaquero; nuestro querido director D. Pedro Romero Mendoza; el Director del diario local «EXTREMADURA», D. Dionisio Acedo Iglesias; el Inspector Provincial de Primera Enseñanza, D. Pablo García Aguilera, y en representación del «A B C», el autor de estas líneas. También concurrieron otras distinguidas personalidades de Plasencia y distintas partes de España, así como el Alcalde y Secretario del Ayuntamiento de Frades de la Sierra.

A las once en punto dieron comienzo los actos con la solemne bendición del santuario por nuestro amado Prelado; a continuación se celebró la Santa Misa, oficiando el párroco de la localidad, D. José Vegas Núñez y ocupando la Sagrada Cátedra el secretario de Cámara del Obispado, D. Rafael Valencia, el cual cantó el sentido místico-social de la poesía de Galán.

Terminada la función religiosa, en el atrio de la apacible ermita, Tomás Rodríguez, labriego lugareño, recitó unas coplas relativas a la fiesta. El hijo del poeta, D. Jesús, prestigioso abogado con ejercicio en Madrid, leyó una sentida composición original de su hermano D. Juan, *Otra vez «El Cristu»*, que llenó de emoción a todos los presentes.

A seguido las autoridades y concurrentes, se trasladaron al Cementerio rural y ante la modesta tumba de Gabriel y Galán, el Sr. Obispo rezó un responso. Fué un momento lleno de honda emoción.

El homenaje se verificó en la plaza, en la cual se congregó una enorme multitud. Desde los balcones del Ayuntamiento se dirigieron al pueblo, el Presidente de la Diputación Provincial y de la Comisión Organizadora, Sr. Rodríguez-Arias; el hijo de Gabriel y Galán, D. Jesús y el Gobernador Civil. El primero hizo historia de la restauración de la ermita y de cómo el Gobernador Civil se entregó a esta nobilísima tarea, a quien—dijo—correspondían los lauros; se extendió en muy acertadas consi-